

„Ah! cuanto desearia hallarme entre vosotros, ser custodio de ganado, un vendimiador, amontonar los racimos maduros.»

Favio le vió ocultar sus lágrimas entre los pliegues de su capa, y sucedió un largo silencio á esta escena de ternura. Cuando tocó el navio á la isla Planasia, cuyas playas están al nivel del mar, el anciano monarca encontró al jóven desterrado tendido en una selva, como una bestia feroz en su guarida. Póstumo, mas grosero que malvado, lloró sobre la mano que habia firmado su sentencia de destierro. Reconoció Augusto que habia sido sorprendida su religion, y se sintió movido á compasion en favor de este jóven, sacrificado á la ambicion devoradora de Tiberio y de Libia. Su entrevista fué corta y significativa. Volvió Augusto muy resuelto á reparar su injusticia y á vengar al desgraciado Póstumo. Acaso todos los designios de Libia, todos los planes de esta ambiciosa, que nada habia ahorrado para engrandecerse, se habrian destruido hasta los cimientos, si hubiese vivido el emperador; pero ya Favio habia revelado á su muger el importante secreto de Augusto, y no tardó la emperatriz en estar instruida de él.

¡Qué planes tan profundamente meditados y desconcertados en un dia! Augusto, tanto tiempo sometido á la influencia de su muger, habia atrevídose á recibir consejo de sí mismo, y solo de sí. Habia emprendido un viage, no solamente sin confiárselo, sino con un fin contrario á todos los pensamientos, á todos los intereses de aquella. Libia recurrió á las lágrimas, á los reproches y á todos los artificios femeninos. Póstumo permaneció en su destierro, y muy á poco de la escena interesante y rara que acabamos de referir, murió Augusto. Su edad esplicaria naturalmente su muerte, si no se tuviera presente que veia por primera vez sus planes contrariados, y que estaba obligada á sostener una lucha penosa, para conservar un poder dificilmente adquirido. Los romanos la acusaron del envenenamiento de Augusto, y su conducta despues de la muerte del emperador, estuvo muy lejos de desvanecer las sospechas del pueblo. Durante los últimos instantes del monarca, nadie entró á verle sin permiso de la emperatriz. Apenas habia muerto, cuando Póstumo fué asesinado por un centurion, portador de una órden firmada por Salustio. Al aspecto del centurion armado, predijo Póstumo su destino. Se arroja sobre el satélite, lu-